

Es una mañana como otra cualquiera. Los niños se han sentado alrededor de la mesa: Max, todavía medio dormido frente a su tazón de Nesquik, con el pelo alborotado y las marcas de la almohada aún visibles sobre su carita, permanece ajeno al trajín matutino; Léa, su hermana mayor, ya peripuesta de buena mañana, con los cabellos castaños cayéndole sobre los hombros ordenadamente, como si no se hubiera movido en toda la noche, da cuenta de su bol de cereales con fruición. Lucy no alcanza a comprender cómo se las arregla su hija para despertarse perfectamente arreglada, mientras que ella tarda una barbaridad en domesticar sus greñas desmadejadas y reanimar sus facciones reblandecidas por el sueño. Sin duda, la edad tiene algo que ver, pero aun así, no recuerda haber tenido jamás un aspecto tan fresco y deslumbrante desde el momento de abrir un ojo. Léa es todo un misterio.

Como es su costumbre, a eso de las ocho menos cuarto, Yves baja con un aspecto impecable y recién afeitado, envuelto en una nube de loción para después del afeitado. Da un beso a los niños y luego a Lucy, y se bebe el café de pie delante de la mesa mirando de reojo las agujas del reloj de la pared.

Yves es guapo: un real mozo de treinta y nueve años, un hombre de su tiempo con aire dinámico y responsable, pero también con una cierta dulzura serena en sus ojos color avellana. Trabaja como un loco de lunes a viernes, hace deporte asiduamente para mantenerse en forma y disfruta de los buenos ratos junto a su familia los fines de semana.

Lucy aprovecha la llegada de Yves para subir rápidamente a darse una ducha y vestirse. Seis minutos. Eso es lo que tarda en ponerse presentable, en enfundarse su disfraz de mamá respetable, como ella

lo llama, el de antes de dedicar parte de la mañana a transformarse en una mujer deseable.

Cuando vuelve abajo, Yves está ya en el pasillo con Max descalzo junto a él, esperando el beso de papá con la nariz mirando al techo.

—¿Dónde tienes las zapatillas, Max? —lo riñe Lucy suavemente— ¡Vas a coger frío!

Yves aúpa al niño y le hace cosquillas tiernamente para volver después a dejarlo en el suelo.

—Ya voy tarde... ¡Me marchó volando!

—¡Léa! —grita Lucy en dirección a la cocina— ¡Ven a decirle adiós a papá!

La niña aparece en el pasillo y salta con agilidad a los brazos de su padre; él le da un beso cariñoso y luego posa la mano suavemente sobre la nuca de mamá y la besa en los labios.

—Hasta esta noche, amores míos, que paséis un buen día.

Wendy, la gata, que está esperando otra camada, aparece justo a tiempo de saludar con un alegre maullido. Cuando Yves está a punto de salir por la puerta, se vuelve hacia Lucy:

—No te olvides de que Marc y Didier vienen a cenar esta noche.

—No, no se me olvida —le responde ella con tono de suficiencia, como si el comentario fuera totalmente innecesario.

La puerta se cierra. Lucy suspira ensimismada. Después reacciona.

—¡Bueno! Vamos, niños, daos prisa, que vamos a llegar tarde nosotros también.

Los niños se lanzan escaleras arriba echándose una carrera. Mamá los sigue y, con voz un tanto fatigada, les pide que hagan menos ruido.

De vuelta a casa, Lucy se deja caer sobre una silla de la cocina. Éste es uno de los momentos de tranquilidad a los que tiene más apego: la casa está vacía, el silencio reina apaciblemente a su alrededor; en la siguiente media hora, no hará otra cosa que dejarse llevar por

una inercia casi mística: unos minutos de pereza indolente que se concede, inflexible, cada día.

La joven aprovecha para devorar algunas revistas de cotilleo, no sin experimentar ciertos sentimientos poco recomendables cuando se entera de que tal o cual estrella se ha sometido a una cura de desintoxicación o que a otro lo ha abandonado una jovencita. ¡No se puede tener todo! Le encanta leer este tipo de revistas. Este rato es para ella, y sólo para ella. No hay que olvidarse del horóscopo, cuyas predicciones, aunque trate de evitarlo, afectarán a su humor durante el resto del día.

Hoy no es una excepción, así que, mientras se toma a sorbitos una taza del café bien azucarado que tanto le gusta, Lucy lee con curiosidad lo que le deparan los astros:

«Vida social: truenos, rayos y lluvias torrenciales: ¡una tormenta se cierne sobre tu cabeza! Acontecimientos imprevistos pueden desestabilizarte, pero te bastará un poco de picardía para burlar la suerte y aprovechar la situación en tu beneficio. En caso contrario, puedes esperarte algún que otro revés de la fortuna. Amor: Venus te pone cara larga, y la pasión es mala consejera. ¡No te fíes de los arrebatos! Salud: Buena por lo general, pero en cualquier caso, vigílate la tensión».

Lucy suspira: cuando las predicciones son desfavorables, su credulidad se tambalea, pero las de hoy la han dejado perpleja. Encogiéndose de hombros, decide no tenerlas en cuenta y cierra la revista.

Y aquí es donde comienza nuestra historia.

Es una mañana como otra cualquiera hasta que el timbre rompe en mil pedazos la rutina de una vida sin sobresaltos.

Ya nada será como antes después de ese timbrazo.

Truenos

1

—¿Lucy Gilot?

Con los ojos abiertos de par en par, Lucy se encuentra con una mujer ante su puerta, cuyo rostro no le es del todo desconocido, que viene acompañada por dos hombres. Uno de ellos la enfoca con una cámara que lleva el logotipo de En vivo y en directo.

—Buenos días, soy Sylvie, del programa «¿Adivinas quién soy?», que se emite todos los lunes en la cadena En vivo y en directo —le espeta la mujer acercando un micrófono a su cara— ¿Conoces cómo funciona nuestro programa?

«¿Adivinas quién soy?»... Sylvie... ¡Pues claro! ¡Es ella, la fiel ayudante del famoso presentador de televisión, Jacques Duvier, que presenta el programa estrella de la noche de los lunes.

—Eh... Sí... Lo veo de vez en cuando —balbucea Lucy sin atreverse a comprender lo que pasa.

Desconcertada, la joven no reacciona. Lanza una mirada furtiva hacia la calle, como buscando una explicación, pero la calle tiene el aspecto de siempre, de no ser por el coche aparcado delante de su puerta. En la otra acera, Lucy percibe la silueta de su vecina de enfrente, madame Cannot, con la nariz pegada a la ventana de su salón.

—¿Podemos entrar? Parece que hay alguien que está intentando dar contigo.

Con el corazón desbocado, Lucy se aparta para dejar que el pequeño equipo de tres entre en su casa. La Cannot se habrá quedado con un palmo de narices... Sylvie avanza por el vestíbulo con paso decidido. Lucy, bastante desconcertada, se ve fugazmente reflejada en el espejo de la entrada: una mujer joven de rasgos poco definidos debido a la ausencia de maquillaje, con los cabellos recogidos en un moño informe, sin gracia ni encanto; ella, que, sin em-

bargo, se considera guapa. A sus treinta y cinco años, es verdad que hay que darle una pequeña ayudita a la naturaleza si se quiere tener buen aspecto. Sin ocultar del todo su irritación, Lucy guía a su visita hasta el salón.

—Es por aquí. Disculpad el desorden, yo... yo no os esperaba —añade dejando escapar una risita falsamente relajada.

Luego les pide que le den unos minutos. Sylvie recorre con la mirada la habitación, buscando con aire profesional dónde instalar el equipo. Lucy se bate en retirada al cuarto de baño y echa el cerrojo, como si la persiguiera un monstruo feroz. La joven contempla sus facciones con gesto de contrariedad. ¡Dios mío, qué fea está esta mañana! Rebusca febrilmente en su neceser de maquillaje hasta encontrar el tubo que busca y, mientras se extiende el maquillaje en crema por la cara, con gesto nervioso pero eficaz, un torbellino de pensamientos se agolpa caóticamente en su cabeza.

«¿Adivinas quién soy?»... El típico programa un poco populachero que, sin embargo, ella ve, y le gusta, porque en él unas personas que no conoce desvelan parte de su historia personal. Todo un despliegue de emociones en más de un sentido: algunas lloran, otras insultan, ríen... Es una toma de contacto directa con la vida en todo lo que ésta tiene de banal y de extraordinario, el destino del común mortal en primera página, el minuto de máxima audiencia de personajes anónimos que se cuelan en su casa sin previo aviso.

«Alguien está intentando dar con contigo»...

Lucy cierra los ojos, y su corazón se acelera un poco más. Parece que por fin ha llegado el día que tanto ha esperado y temido. Una lo espera durante años y, cuando al final llega, ¡no se está preparada en absoluto! Pero sola delante del espejo, no puede mentirse a sí misma: ¡hacía tanto tiempo que soñaba con este momento!, precisamente mientras veía «¿Adivinas quién soy?»... Cuántas veces se ha imaginado que ella era una de esas personas bajo la luz de los focos, esa gente que, por cansancio o por desesperación, han decidido hacer un último intento para encontrar a esa persona en quien piensan cada día desde hace años...

Ensimismada en sus propios pensamientos, la joven se arregla contemplando su reflejo en el espejo. Se ha puesto demasiado maquillaje, ¡qué horror! ¿Por qué precisamente esta mañana?: ha dormido mal, la casa está hecha un desastre, parece que lleva puesto un saco de patatas... ¡Y esos tres la esperan abajo para filmar «al natural»!

¡Qué más da! Se echa agua helada en la cara y se la seca con una toalla limpia. Tiene que calmarse y, sobre todo, tiene que dar buena imagen cuando baje... ¡Ni más ni menos! Al apartar la toalla de su cara, se da cuenta de que el rubor cubre sus mejillas. Por lo menos así tiene mejor color. Se da un toque de pintalabios rosa y una cepillada rápida al cabello. No hay tiempo para entretenerse con los detalles, ya dará el gran cambio el día que vaya al programa, pero por el momento tiene una cita con su destino y, pese a que no ha ocurrido como lo había soñado, la urgencia de la situación no le permite pensar ahora en su decepción.

Cuando aparece de nuevo en el salón, Lucy se encuentra con que Sylvie está mirando las numerosas fotos colocadas sobre la chimenea; fotos de familia en las que han quedado capturados algunos instantes de una vida sobre el papel brillante: Lucy con Yves, tiernamente abrazados cuando eran novios; justo al lado, la inevitable foto de boda; Léa cuando tenía un día, enrojecida y arrugada, acurrucada en los brazos de una Lucy con aspecto exhausto en el típico escenario aséptico de un pabellón de maternidad; en la siguiente foto, una dama de cierta edad que sonríe a la cámara mientras, llena de orgullo, sostiene en brazos a una Léa de un año y pico; al lado de la dama, algo apartado, un caballero de unos cincuenta años aprovecha el poco espacio que le dejan para salir en la foto; también hay una foto de Yves disfrazado de vampiro y, un poco más allá, Léa y Max en una piscina hinchable instalada en el jardín, reluciente a la luz del sol.

Han invadido el salón. En un momento, el cámara ha movido uno de los sillones hasta una esquina para tener un poco más de espacio. Detrás de él, el técnico de sonido está ocupado con sus prue-

bas. Wendy observa la transformación con aire desconfiado escondida bajo el aparador.

—¿Queréis una taza de café? —pregunta Lucy, que de repente se siente de más en su salón.

Sylvie acepta esbozando una cautivadora sonrisa. El cámara dice que no con la mano mientras continúa con las necesarias verificaciones técnicas. El técnico de sonido parece no haber oído la pregunta.

—¿Son tus hijos? —inquieta la ayudante señalando con el dedo las fotos que acaba de examinar con interés.

—Sí. La mayor, Léa, tiene siete años y a su lado está Max, que tiene tres.

—¡Son adorables!

Lucy sonríe con modestia, pero el cumplido la hace sentir orgullosa; luego desaparece por la puerta de la cocina y vuelve al poco rato con el café.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

Sylvie se sienta en el sofá, coge una taza y da un sorbito con precaución. Lucy aprovecha para sentarse a su lado.

—¿Se ve nuestra cadena aquí, en Bélgica? —le pregunta la asistente como quien habla de ir de compras.

—Tenemos cable —responde Lucy imitando el tono ligero de su interlocutora—, es un capricho de mi marido, pero tengo que admitir que yo también lo aprovecho, y me encanta su programa —añade con simpatía.

Sylvie recibe a su vez el cumplido con una sonrisa decidida.

—Si ya conoces nuestro programa, seguro que te imaginas cuál es el motivo de nuestra visita...

—No me atrevo a crérmelo —le contesta Lucy en tono febril.

—Pues sí, se trata de una persona que te está buscando. Como ya sabes, no estamos autorizados a desvelar la identidad de esa persona, pero antes de comenzar, me gustaría saber si, a priori, aceptarías su invitación y estarías dispuesta a venir al plató para participar en el programa.

Lucy siente la garganta seca durante un instante, nota que se pone roja, consciente de que ya es demasiado tarde para reflexionar.

—Sí..., por supuesto...

—¿Tienes la menor idea de quién puede estar buscándote?

—No me atrevería a asegurarlo al cien por cien, pero digamos que estoy casi segura...

Sylvie lanza una mirada rápida a sus dos compañeros.

—¡O.K.! Vamos a empezar. Sé lo más natural que puedas, todo irá bien. Hoy solamente vamos a hacerte una entrevista corta, lo mínimo para que te presentes en dos palabras y nos digas cómo te hace sentir la invitación. Nos gustaría jugar con el factor sorpresa, lo entiendes ¿verdad?

—Sí, sí, desde luego —responde Lucy tragando saliva con dificultad.

—Denis, Fabien... ¿Estamos?

—Todo listo —responde Denis apuntándola con el objetivo de su cámara.

—Cuando quieras—dice a su vez Fabien.

—Bien...

La ayudante mira a la cámara y comienza a hablar esbozando una sonrisa encantadora.

—Acabamos de llegar a la preciosa casa de Lucy Gilot, en la comuna de Saint-Gilles, cerca de Bruselas. ¿Digo bien, Lucy?

Denis enfoca a Lucy.

—Estamos en Bruselas —la corrige Lucy—. Saint-Gilles es una de las diecinueve comunas que tiene Bruselas; por así decirlo, Bruselas tiene comunas igual que París tiene barrios.

—Parece que te ha conmovido mucho enterarte de que hay una persona que te está buscando —continúa Sylvie sin dejar de sonreír—, pero antes de preguntarte si tienes una idea sobre quién pudiera ser esa persona, me gustaría presentarte a nuestros telespectadores... ¿Qué edad tienes?

—Treinta y cinco.

—¿Casada?

—Sí, desde hace diez años, y tengo dos hijos: una niña de siete, Léa, y un niño de tres, Max.

—Cuéntanos algo sobre ti... ¿Trabajas?

—No, ya no trabajo —responde Lucy en tono de disculpa—. Digamos que a mi marido le van bien las cosas, es fotógrafo profesional de moda y publicidad. En su día trabajé como secretaria para una empresa pequeña, pero no pasé de ahí, no era lo mío...

—Ahora ya sabes que hemos venido a verte a petición de una persona que lleva años tratando de encontrarte sin conseguirlo. Entre nosotras, Lucy, ¿tienes la menor idea de quién podría ser?

—Sí, creo que lo sé.

—Y, ¿puedes decirnos quién crees que es?

Lucy respira hondo y mira a Sylvie a los ojos. La ayudante le responde con un leve pestañeo y una sonrisa serena y cautivadora como siempre, dando la impresión de estar prestándole toda su atención.

—Creo que se trata de mi madre —desvela la joven, como si reconociera un pecado imperdonable—. Quiero decir..., mi madre biológica.

Los ojos de Sylvie lanzan un destello de excitación, pero continúa hablando sin inmutarse:

—¿Y por qué piensas que se trata de ella?

—Porque no la conozco... Me abandonó nada más nacer, y yo siempre me he dicho a mí misma que, un día, ella intentaría conocerme. Por lo menos tenía esa esperanza.

Lucy enmudece de repente, presa de una emoción que parece no poder dominar. Al ver asomar las lágrimas a los ojos de su interlocutora, Sylvie interviene en su ayuda: su tono de voz se hace más cálido, más dulce, más... maternal.

—¿Y nunca has querido saber quién era..., hacer algo para encontrarla?

—Claro que sí... ¡Por supuesto! —replica la joven con la voz atenazada por la emoción— ¡Tenía unas ganas enormes de conocerla! Pero, por otro lado, me decía a mí misma que no me correspondía a mí dar el primer paso: ella es quien me ha abandonado,

ella es quien ha debido de tener sus razones, y me daba miedo lanzarme a buscarla sin saber si querría verme. Además, me gustaría decir que fui adoptada por una pareja excelente que me ha criado como si fuera su propia hija... He tenido una infancia muy feliz. Ponerme a buscar a mi madre biológica suponía correr el riesgo de disgustar a mis padres... Y no puedo negar que remover un pasado del que no sé absolutamente nada me da un poco de miedo.

Lucy consigue recomponerse y, con un gesto discreto, se pasa el dedo por debajo de las pestañas para secarse las lágrimas. Sylvie aprovecha para acabar la entrevista.

—Así que crees que es ella, tu madre biológica, quien trata de restablecer el contacto.

—No se me ocurre qué otra persona podría estar buscándome.

—Como sabes, no puedo decirte si estás en lo cierto, pero he venido para entregarte este sobre.

Antes de continuar, Sylvie saca de un portafolios un sobre grande que ofrece a Lucy con gesto teatral.

—Es la invitación que esa persona misteriosa nos ha encargado que te entreguemos en mano. ¿Puedes decirnos si aceptas venir al plató para descubrir quién hay detrás de la invitación?

—Sí —responde Lucy con gravedad—, acepto la invitación.

—En ese caso, te citamos para dentro de dos semanas; será un placer darte la bienvenida en el plató de «¿Adivinas quién soy?».

Sylvie no se desprende de su exuberante sonrisa mientras espera la señal de Denis que le confirme que todo ha quedado grabado. En el momento en que el cámara levanta la cabeza, la ayudante se relaja, y su sonrisa se vuelve más espontánea.

—Ha salido muy bien —dice en voz baja a la joven que la mira como hipnotizada, como si no acabara de creerse del todo la presencia del pequeño equipo de televisión en su salón.

Después, tras haber buscado de nuevo en su portafolios, Sylvie se vuelve hacia Lucy y le entrega una carpeta de cartón rosa con toda la información necesaria para ir al programa.

—Quisiera pedirte que seas muy puntual y que respetes algunas normas que encontrarás en esta información; léetelo todo con

calma. Aún estás a tiempo de rechazar la invitación si así lo deseas, pero una vez hayas firmado el contrato que hay en la carpeta, contaremos contigo. También me gustaría saber si nos podrías dedicar una tarde para grabar un pequeño reportaje sobre ti y tu familia, digamos por ejemplo...

Sylvie consulta su agenda con aire serio.

—... ¿el viernes que viene, dentro de tres días?

—¿El viernes? Pero mi marido y mis hijos no estarán y...

—¿A qué hora llegan a casa?

—Voy a buscar a los niños hacia las cuatro, y en cuanto a Yves, nunca llega antes de las seis o seis y media.

—¡Perfecto! Vendremos alrededor de las tres, eso nos dará el tiempo justo para grabar algunas imágenes tuyas en casa y, si te parece bien, luego te acompañaremos mientras haces los recados de un día normal hasta que llegue tu marido.

—De acuerdo —responde Lucy un tanto abrumada por el entusiasmo de Sylvie.

La ayudante se levanta dando a entender que la entrevista ha terminado. Wendy sale de debajo del aparador y atraviesa el salón con una actitud desdeñosa hacia los intrusos que han invadido su territorio.

—¡Qué minino tan bonito! —exclama Sylvie al ver a la gata. ¡Ay! Pero si... ¿Está esperando gatitos?

—Sí —suspira Lucy—, los niños están encantados, ¡pero no nos los podemos quedar, y hasta el momento no he sido capaz de encontrarles casa!

—Y ¿qué vas a hacer?

Lucy se encoge levemente de hombros.

—Deshacerme de ellos... ¿Qué quieres que haga?

Sylvie no responde y observa cómo la gata desaparece por la puerta de la cocina, luego suelta un suspiro y le lanza una mirada teñida de desprecio a Lucy, que de repente se siente incómoda y se apoya nerviosa sobre un pie y sobre el otro. Parece que ahora Sylvie tiene prisa por marcharse: se dirige hacia la entrada rápidamente, seguida por Lucy.

—Es ella, ¿verdad? —balbucea Lucy con vocecilla suplicante—. ¿Es mi madre quien ha recurrido a vosotros para encontrarme?

Sylvie se vuelve hacia ella.

—No puedo decirte nada, Lucy —le responde con firmeza, pero sin dejar de sonreírle amablemente—. Precisamente en eso es en lo que se basa el programa: en no desvelar la identidad de la persona que te busca hasta el día de la grabación; y además, tengo que reconocer que no lo sé: ¡Jacques Duvier es muy estricto con estas cosas!, por eso prefiere mantenernos en la ignorancia, para que no tengamos la tentación de deciros nada. Incluso la filma un equipo distinto.

—¿La? —insiste Lucy— O sea que se trata de una mujer...

—He dicho «la» hablando de una persona, Lucy. Lo siento mucho, tendrás que esperar quince días.

¡Quince días! Se abren ante Lucy dos semanas interminables. Suspira para ocultar su decepción.

—¿Y el viernes? —prosigue en un tono cada vez más contenido, como si quisiera excusarse por su insistencia—. ¿Sabrás algo más el viernes?

Sylvie hace una mueca, conmovida y divertida a la vez.

—No puedo prometerte nada —le dice deteniéndose frente a la puerta de la entrada—, pero intentaré por lo menos enterarme de si se trata de alguien de tu familia. No puedo hacer más.

—Gracias —murmura Lucy agradecida.

Sylvie le tiende la mano con un gesto cálido y sincero:

—Encantada de conocerte, Lucy. Nos vemos otra vez el viernes. Hasta entonces, trata de no pensar demasiado y así se te hará más corto.

Lucy asiente con la cabeza, sonrío levemente llena de gratitud y, casi en contra de su voluntad, los acompaña hasta la puerta. Un buen rato después de haber perdido de vista el coche, la joven todavía permanece de pie sobre las escaleras de la entrada con la mirada perdida.

Madame Cannot sigue en la ventana, pero Lucy ya no la ve.